

# Prólogo

## Eloy de la Pisa

Expediente Rojas. «The Agency», la metáfora del mal. ¿La historia de un científico apartado por sus sugerencias? ¿Un tipo inteligente menospreciado? ¿Políticos y tecnócratas? ¿Conspiraciones en la Tierra de la Libertad? Vamos a ver. Cuando Pierre me presentó el tema, y me lo esbozó con su calmado y preciso lenguaje de divulgador científico acostumbrado a escoger siempre la combinación de sílabas más acertada, lo primero que pensé fue que allí estaba otra vez una teoría conspirativa más. Buenos y malos, en la que los malos son tan malos que nunca dejan a los buenos asomar el cuello y gritar a voces la única verdad.

Otra más, me dije. ¡Ufffff!.

Pero cuando alguien a quien aprecias y en quien confías y del que admiras la valentía que posee para enfrentarse a esos momentos en los que la vida se empecina en tocarte la moral, te pide un favor, tus consideraciones personales pasan de inmediato a un segundo plano.

-¿Está reconociendo que si no hubiera sido por esa amistad nunca habría leído y escrito esto que estoy leyendo?

-Claro, eso es. ¿No le pasa eso a usted en muchos momentos de su vida?

La diferencia, probablemente, es que a mí, el escepticismo se me empezó a curar según fui enfrentándome a la figura del doctor Rojas vista a través de los ojos de Pierre. Este palentino tiene muchas virtudes, pero hay una que me llama mucho la atención: es capaz de transmitir vehemencia, pasión, ardor sin levantar la voz, con solo la fuerza de sus palabras envueltas en el sedoso acento sudamericano del que le ha ido dotando su periplo vital por los pueblos de Venezuela y Colombia.

Es premisa aceptada comúnmente que las cosas no suceden porque sí. Hasta el tifón que asola Filipinas nace de la mariposa que agitó a destiempo las alas en el altiplano boliviano. La teoría del caos es el mayor enemigo que tiene el conspiracionismo, pero para la simplista y cómoda mente humana es tarea más asequible y motivante atribuir las situaciones que no terminamos de entender a las veleidades de los poderosos y su afán por impedir que los más brillantes les hagan sombra y los apeen de sus tronos de mediocridad en los que tan cómodamente se asientan.

Pero lo del doctor Rojas no fue así. Al menos no después de la prolija y rigurosa investigación de Pierre

Monteagudo. Es obvio que no pienso revelar una sola clave de las apasionantes páginas que siguen a la que está usted leyendo. Si de algo vale mi opinión, que espero que sí, piense que yo me enfrenté a todo ello desde el escepticismo y acabé en la duda. Rojas era un problema para algunos. Es fácil entender porqué lo era; lo que no resulta tan sencillo es terminar de comprender las motivaciones de quienes quizá cercenaron, o retrasaron, el nuevo camino científico que podía iniciarse. Excusas o argumentos como el bien superior, la sociedad no estaba preparada y demás parafernalia de escasa entidad y solidez no vienen aquí al caso. Realmente subyacía algo más, algún aspecto que solo puede descubrirse devorando las páginas.

Al final uno puede creerse o no creerse lo que narra y descubre Pierre Monteagudo. Eso entra ya en la profundidad de cada uno. Yo he pasado del no al quizá. Habrá quien pase del no al de ninguna de las maneras. Y los habrá que empezarán en esto seguros que es así y acabarán reafirmandose en sus creencias. Cualquiera de esas posiciones, u otras que puedan imaginar, con ser importantes no son lo que realmente da importancia al trabajo que se dispone a leer. El valor auténtico de la investigación está en sacar a la luz una figura científica desconocida y relevante, un ser humano al que la inteligencia quizá no le dejó ser tan feliz como podemos ser los que con dificultades llegamos a la media, pero que tuvo la honradez de exponer lo que creía, aun a riesgo de sufrir

unas consecuencias severas. Rojas vivió en un momento complicado, en el que la ciencia era un arma política más que una fórmula para profundizar en el conocimiento. Los gobernantes, ahora y siempre, han considerado el dinero de los impuestos como un cheque en blanco con el que establecer las prioridades. El mandato de las urnas, suele ser la frase con la que acaban esas discusiones. Y Rojas molestó al poder. Y el poder lo laminó como lamina un embalse la crecida de un río: frenándolo y no permitiéndole avanzar por mucho que se empeñara.

¿Pero qué es lo que dijo Rojas? ¿Qué hizo? ¿Qué propuso?

Adelante, gira el picaporte, traspasa la puerta, cruza el umbral, pasa la página y empieza a descubrirlo. Y al final me dices.

*Eloy de la Pisa (Valladolid, 1962) es actualmente el responsable de contenidos digitales del diario El Norte de Castilla, periódico en el que ha desarrollado toda su carrera profesional.*

*En el período 1989-1991 hizo un paréntesis de año y medio en su ejercicio periodístico para ser portavoz de la Junta de Castilla y León y responsable de la oficina de comunicación. Este antiguo jugador de balonmano es un apasionado de los deportes y sus artículos son leídos por miles de personas en España y Latinoamérica.*